

Presentación del Señor



2 de febrero de 2024

Heb 2, 14-18

Sal 23

Lc 2, 22-40

P. Eduardo Suanzes, msp

Lo que hoy la Iglesia celebra con alegría y profundo sentido de contemplación es que Jesús es la Luz del mundo. Por eso, las candelas, las velas en procesión, por eso a este día se le ha llamado "La Candelaria".

Antes que nada, la Primera Lectura. ¿Por qué en este día se nos quiere iluminar con la reflexión del autor de la Carta a los Hebreos? Permítanme explicarlo con el ejemplo de un hecho que todos recordamos y que sacudió al mundo en el 2010.

Los 33 mineros que quedaron atrapados en la mina de Chile se preguntaban con angustia si volverían a encontrar la luz. El 5 de agosto de 2010 eran sólo un sencillo grupo de mineros que se preparaba para empezar otra jornada difícil en la mina de San José. Lo recordamos: quedaron atrapados en las profundidades de la tierra. Los primeros golpes que percibieron, dados en señal de búsqueda desde el exterior, hicieron brotar en ellos la fuente de la esperanza, pues restablecían la comunicación con el mundo de los vivos. Después de 70 días **emergían de la profundidad** de la tierra y **regresaban a la luz**.

Aun cuando la angustia no sea comúnmente sentida de una manera tan dramática, sin embargo, la palabra de Dios llega a los hombres en una situación análoga. En efecto, sin ella ¿no seríamos semejantes en nuestro mundo dislocado a seres sepultados vivos, cercados por la sombra de la muerte e incapaces de abrirnos el camino a la vida? Pero cuando la palabra de Dios llega hasta nosotros, nuestra angustia no es total; la esperanza se implanta en nosotros. Esta primera iniciativa divina no es, sin embargo, más que el principio. Una vez restablecida la comunicación falta que el salvamento se lleve a cabo. Para esto no es suficiente la palabra: el que salva paga con su persona. Esta es la exigencia amorosa que Dios mismo contrajo en su hijo, Jesucristo.

Y esto es lo que quiere expresar el autor de la carta a los Hebreros. Cristo es "hombre", "hijo de la raza humana". Para convertirse en "guía de nuestra salvación", se ha hecho "hermano" nuestro. Así ha sellado su solidaridad con nosotros. Y después de esta idea, de que Jesús es uno de nosotros, de nuestra misma sangre, semejante a nosotros en todo, en segundo lugar a Jesús le da un «nombre nuevo» jamás escuchado hasta ahora¹.

El nombre es un medio de relación entre las personas y determina la naturaleza y extensión de estas relaciones. Para poder llamar a alguien hay que conocer el nombre, o por lo menos

¹ Cfr. ALBERT VANHOYE. *El mensaje de la carta a los hebreos*. 2ª edición. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1980; ALBERT VANHOYE. *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el nuevo testamento*. Ed. Sígueme. Salamanca 1984; ALBERT VANHOYE. *Cristo es nuestro sacerdote*. Obra Nacional de la Buena Prensa, A.C. Cdad. De México, 2000; LUIS ALONSO SCHÖKEL. *Biblia del peregrino. Nuevo Testamento. Edición de estudio. T. III*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1997

un título que le convenga, y a tal o cual nivel de relación corresponde tal o cual género de llamado: distante o familiar, educado o impertinente, título, nombre, nombre de pila, apellido, apodo...

Así las cosas, los demás nombres de Jesús que la comunidad conoce, no expresan más que algún que otro aspecto de la situación y del ser de Cristo. "**Hijo de Dios**" nos habla solamente de su relación con Dios; "**hermano de los hombres**" expresa solamente su relación con nosotros; "**Señor**" no evoca más que su gloria; "**Siervo**" evoca sólo su humillación voluntaria. Por el contrario, "**Sumo sacerdote misericordioso**" (y este es el nombre nuevo) nos da la idea de su doble relación y recuerda al mismo tiempo su pasión y su gloria. Nos centra en el misterio de su íntima relación con el ser humano y su íntima relación con Dios. Es el Dios-Hombre, el Hombre-Dios, quien, por pura misericordia, lleva a la luz al ser humano con quien se solidariza hasta el extremo.

Y llegamos a la lectura del evangelio que nos acompaña en esta meditación de Cristo Luz: es la presentación de Jesús en el Templo, en donde Simeón proclama a Jesús como *«luz que alumbra a las naciones»*. En ese mismo punto, treinta años más tarde, Jesús dirá de sí mismo: *«Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida»*².

Pero es que, además, Jesús dice: *«Ustedes son la luz del mundo»*. Esto quiere decir que quien recibe la luz de Jesús se convierte en luz. ¿Por qué? ¿Cómo es que sucede esto?

El primer día de la creación dijo Dios: *«Hágase la luz, y la luz se hizo»*³. Y ahora esa Palabra hecha carne mira a nuestro corazón abierto y se pronuncia a sí misma diciendo: *«Hágase la luz»*. Por eso es que quien lo acoge se convierte en luz. Y quien se convierte en luz ya no vive en las tinieblas.

El Señor conoce nuestra ambigüedad y está en nuestras manos la elección de vivir en la luz o en las tinieblas. Ser luz es decidir caminar en las horas luminosas del día creyendo en quien nos dice: *«Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida»*⁴. Ser luz es seguir a Jesús, elegir lo que Él eligió, amar lo que amó, conformar la propia vida con el modelo de la suya. Ser luz es tener la percepción de vivir cada instante del tiempo en el horizonte del amor con el que Dios nos ama en Jesús y con el que quiere que nosotros le amemos en Él y con Él⁵.

² Jn 8, 12

³ Gn 1, 3

⁴ Jn 8,12

⁵ Cfr. CARLO MARÍA MARTINI. *Estoy llamando a la puerta*. Ed. PPC. Madrid 1994